

ton, lord Panmure y lord Cowley, que asistían á él, se pronunciaron enérgicamente contra la ida. Por vivos que fuesen sus temores, las inquietudes de los franceses que habían acompañado al príncipe eran mayores todavía. Lejos de censurar la oposición de los ingleses, la estimulaban. Una tarde, hablando con el mariscal Vaillant, la reina le dijo en tono de confidencia: «Me he atrevido á hacer algunas observaciones.—Atrevedos, os lo suplico, replicó el mariscal; cuando se está unidos hay que hablar claro. Si el emperador tuviese un fracaso, las consecuencias serían terribles. *Nos hemos embarcado en el mismo barco*, añadió familiarmente, y tenemos que guardarnos de los mismos peligros (1).»

Los ilustres viajeros regresaron á Francia sin que el emperador, siempre impenetrable, hubiese revelado el fondo de sus pensamientos. La marcha á Oriente, varias veces anunciada y desmentida, era para la prensa de toda Europa objeto de comentarios infinitos. Circulaban los rumores más fantásticos, y, por extravagantes que fuesen, los mismos diplomáticos no siempre desdeñaban consignarlos. «Afirmar, escribía de Francfort el Sr. de Bismarck, que el emperador Napoleón irá á Crimea para meter á los generales en cintura, y luego, si Sebastopol no se deja tomar, llevará su ejército á Constantinopla para recoger la sucesión de la Puerta y fundar un imperio latino. La empresa es *extravagante*, añadía el estadista prusiano como para excusar su credulidad, pero por lo mismo es verosímil (2).»

En esto sobrevino un acontecimiento que, sin tener ninguna relación directa con la expedición de Crimea, proporcionó á los partidarios de la prudencia un argumento muy oportuno.

El 28 de abril, á cosa de las cinco de la tarde, Napoleón había salido de las Tullerías á caballo para ir al bosque de Boloña. Había pasado ya la glorieta de los Campos Elíseos, cuando se vió á un hombre pasar de la acera derecha al arroyo y dirigirse hacia el soberano. Los agentes de policía creyeron que aquel hombre era portador de algún memorial y se apresuraron á apartarlo. Pero antes de que lo hubiesen podido alcanzar, el desconocido sacó de su bolsillo una pistola y disparó sus dos tiros. El emperador había resultado ileso. Con aquella calma impasible que raramente le abandonaba, tranquilizó á la muchedumbre que había acudido á su paso, y sin acelerar ni moderar su marcha, continuó su paseo. El asesino había sido detenido en el acto. Un pasaporte que llevaba encima hizo creer que se llamaba Antonio Laverani; pero pronto se averiguó que era un joven de veintiocho años, natural de los Estados romanos y llamado Pianori. Fué juzgado, condenado á muerte y ejecutado. Durante la instrucción, en la audiencia y hasta al pie del patíbulo, negó que tuviera cómplice alguno y afirmó que su intento no había tenido más instigador que su propia voluntad. Interrogado sobre el móvil de su crimen, dijo que «había obrado así porque el emperador hizo la campaña de Roma y arruinó á su país.»

El atentado de aquel miserable tuvo una consecuencia tan importante como imprevista. Demostró en el momento más oportuno que las coyunturas, graves en el exterior, no lo eran menos en el interior. Decididamente el partido revolucionario no había abandonado

(1) *The life of the prince Consort*, tomo III, pág. 248.

(2) *Correspondance de M. de Bismarck*, tomo II, págs. 3 y 12.

la lucha, y era esencial que la vigorosa mano de Napoleón estuviese siempre dispuesta á reprimirlo; una larga ausencia expondría á Francia á toda clase de peligros, y quizá á las facciones. Con más ardor que nunca, los familiares de las Tullerías volvieron á su tema favorito, y esta vez la tentativa reciente pareció comunicar á sus palabras una gran fuerza de oportunidad. Por último fueron escuchados. Los proyectos de viaje no recibieron contraorden, pero fueron aplazados, tan aplazados, que pronto no volvió á hablarse de ellos.

VI

Vamos á referir ahora el último episodio de las negociaciones de Viena.

El lector ha visto las repugnancias invencibles de Rusia por la neutralización del mar Negro y hasta por toda limitación de sus fuerzas en este mar. Mucho antes de que el príncipe Gortchakof hubiese formulado su contestación oficial, era fácil adivinarla. En la previsión muy probable de un fracaso, el Sr. de Buol se había provisto de una solución subsidiaria. Negociador de doble lenguaje, sostenía en las conferencias las miras de las potencias occidentales, y en sus conversaciones particulares, lo mismo que en sus despachos, trazaba el esbozo de un nuevo plan destinado á substituir al plan primitivo tan pronto como éste fuese decididamente desechado. Esta combinación consistía en contener por medio de su *sistema de contrapesos* las fuerzas rusas en el Euxino. Se tomaría por base el estado de la marina rusa en un momento determinado, y no podría aumentarse el número de barcos existentes entonces. Si Rusia aumentase su efectivo, Turquía tendría derecho á aumentar también su marina en iguales proporciones. Además, las potencias aliadas, Francia, Inglaterra y Austria, tendrían en este caso la facultad de hacer entrar cierto número de buques en el Euxino. A fin de no herir el amor propio del zar, el convenio sería directamente concluído entre Turquía y Rusia. Tal es el plan que el Sr. de Buol hizo exponer varias veces en Londres y que expuso él mismo, aunque no en términos idénticos, en largas entrevistas con los plenipotenciarios de Francia é Inglaterra. En este sistema lleno de ambigüedades y de complicaciones había sobre todo una cuestión que permanecía incierta: ¿Qué momento se elegiría para fijar el efectivo de las fuerzas rusas? Equitativamente no se podía tomar como punto de partida más que el efectivo á flote al fin de la lucha, porque si se hubiese adoptado por base de evaluación el estado existente antes de la guerra, se hubiera resucitado aquella formidable marina que en noviembre de 1853 aniquiló á Sinope y sembró el terror en la costa del Asia. Sobre este punto tan importante, el Sr. de Buol no se explicaba claramente. Lo que él prefería, según manifestaba á los diplomáticos franceses é ingleses, era la limitación pura y simple: sólo á falta de la limitación había imaginado el *sistema de los contrapesos*. Daba, empero, á comprender que, en caso de que esta combinación fracasara, buscaría una tercera, y quizá una cuarta que, según la expresión irónica de lord John Russell, «se alzaría sobre las cenizas de las otras tres (3).»

(3) Lord John Russell á lord Clarendon, 13 de abril (*Eastern papers*, parte XV, pág. 12).

Por vagos y ondulantes que fuesen estos proyectos, los representantes de Francia é Inglaterra no se atrevían á desecharlos enteramente. Sin duda consideraban muy modesto aquel fruto de una guerra tan grande: aquel sistema de contrapesos les parecía un mecanismo muy sutil, muy poco práctico, muy fácil de falsear ó romper; deploraban, sobre todo, las dilaciones de Austria. «Mientras se trató de los Principados, escribía el plenipotenciario inglés, Austria pudo arriesgar la guerra; pero, una vez ganado este punto, temo que podamos contar con ella (1).» Sin embargo, á pesar de aquellas impresiones pesimistas, lord John Russell y el Sr. Drouyn de l'Huys comprendían cuán grave sería decir la última palabra de las negociaciones y dar á su aliada un plausible pretexto para retirarse de la liza. Nadie podía negar que el arreglo era imperfecto, incompleto, mediocre, nulo; pero si el gabinete de Viena, escapando al fin á sus irresoluciones, se decidía á proponerlo á Rusia en forma de *ultimátum*, resultaría, ó la paz inmediata, ó la continuación de la lucha con un desenlace ya seguro. Tan grande interés parecía privar sobre todo lo demás. Por esto los dos ministros, sin dejar de deplorar la insuficiencia de los proyectos austriacos, los discutían, los examinaban, los pesaban frase por frase en sus sutiles interpretaciones, y por último se penetraban de ellos.

Se penetraron tan bien que se ingeniaron en modificarlos, y después de algunos retoques resolvieron someterlos á sus gobiernos. El plan que el Sr. Drouyn de l'Huys y lord Russell enviaron respectivamente á las cortes de París y Londres se reducía á las disposiciones siguientes: la independencia y la integridad territorial del Imperio otomano serían solemnemente reconocidas; el cierre de los Dardanelos y del Bósforo sería mantenido según las estipulaciones del tratado de 1841; cada uno de los Estados aliados podría, sin embargo, tener estacionadas dos fragatas en el mar Negro; las fuerzas navales de Rusia en el Euxino serían limitadas al efectivo actual; si se aumentase este efectivo, los aliados tendrían el derecho de aumentar á su vez sus fuerzas en la proporción de un buque de cada nación por dos buques rusos; finalmente, en caso de peligro, el sultán se reservaba la facultad de abrir los estrechos. El embajador francés y el británico coordinaban, completándolos, mejorándolos y precisándolos sobre todo, los planes del Sr. de Buol. No dudaban que el Austria, en caso de ser rechazadas tan moderadas proposiciones, tomaría parte en la guerra, siendo definitivamente arrastrada dentro de la órbita de los Estados occidentales; el lenguaje empleado en Viena autorizaba esta conjetura. En esto cifraban su esperanza Drouyn de l'Huys y lord John Russell.

Las desaprobaciones partieron de Londres y de París. Lord John Russell, durante su larga permanencia en Viena, había cedido á la influencia del medio ambiente y sobre todo al deseo de aislar á Rusia. En los consejos de la reina, por el contrario, los pensamientos iban menos hacia Viena que hacia Sebastopol. Cuando el Sr. Colloredo, ministro de Austria en Londres, expuso á lord Clarendon los planes del Sr. de Buol, el jefe del *Foreign Office* acogió con una desaprobación altiva tan

(1) Lord John Russell á lord Clarendon, 16 de abril de 1855 (*Eastern Papers*, part. XV, págs. 10 y 11).

tímido programa. «Nuestra política sería ridícula, dijo, si dejásemos á Rusia su antiguo poderío. El sistema de los contrapesos es ineficaz, porque ni Turquía ni las potencias occidentales pueden consumirse en una perpetua policía del mar Negro. Decididamente, creo que el Austria no quiere proponer sino cosas que Rusia acepta, y el emperador Alejandro no aceptará nada que no se avenga con las tradiciones ambiciosas de su dinastía.» Semejante lenguaje dejaba sentir la suerte de las proposiciones transmitidas por lord Russell. Como era de esperar, fueron desechadas. Pocos días después lord Russell estaba en Londres, de regreso de Viena, y volvía á ocupar su puesto en el gabinete.

En París el emperador pareció aprobar desde luego la conducta general de Drouyn de l'Huys. En 15 de



Lord John Russell

abril le telegrafió: «Cuanto habéis dicho y hecho está tan bien que no tengo ninguna instrucción nueva que daros.» Cuando conoció en sus detalles el plan concertado entre el Sr. de Buol y los diplomáticos aliados, su lenguaje cambió. Quizá también, durante su viaje á Londres, cedió á la influencia de los hombres de Estado ingleses, deseosos ante todo de debilitar las fuerzas navales rusas en el mar Negro. «Mi opinión es que debemos rehusar y romper,» escribió en 23 de abril á su ministro (2). El mariscal Vaillant, muy hostil á una paz prematura, estimulaba en su soberano el espíritu de resistencia. Drouyn de l'Huys, como lord Russell, salió de Viena, regresó á París, abandonó su cartera y fué reemplazado por Walewski.

Por lo que afecta á la conferencia, al principio se trató de disimular su fracaso. No queda disuelta, se decía en los círculos austriacos; no está más que suspendida, aplazada *sine die*. El Sr. de Buol, firme en sus esperanzas, aún trató de desarrollar su sistema, el *sistema de los contrapesos*, y á las objeciones que surgían de todas partes él contestaba: «El proyecto es de origen francés, son las ideas, son los planes del Sr. Drouyn de l'Huys (3).»

(2) Véase *Les quatre ministères* de M. Drouyn de l'Huys, por M. d'Harcourt, pág. 143.

(3) M. de Buol á M. de Hubner, 20 de mayo de 1855; lord Westmoreland á lord Clarendon, 5 de junio de 1855 (*Eastern papers*, part. XV, págs. 28 y 37).

Todos los eufemismos diplomáticos no podían disfrazar por más tiempo la realidad de los hechos. El 4 de junio celebró una postrer sesión, pero esta vez fué para hacer constar el rompimiento. El *Monitor* de 5 de junio anunció el fracaso definitivo. Desde aquel momento sólo la guerra podía zanjar lo que las negociaciones no habían resuelto.

VII

En este momento se retira de la escena una de las potencias, el Austria. Puede decirse que se retira sin haber entrado jamás del todo. Se retira sin haber satisfecho á sus aliados, á quienes no auxiliaba, y sin haber apaciguado á sus adversarios, á quienes sin embargo no hería. En San Petersburgo no le perdonaron el tratado del 2 de diciembre, y las irresoluciones que hicieron caducar este tratado fueron atribuidas, no á algún meritorio sentimiento de simpatía, sino al miedo. En Berlín el fracaso de aquel alto arbitraje tan fastuosamente proclamado, tan completamente estéril, inspiró la más jocosa ironía. En Londres la decepción se ocultó bajo la sátira. «El Austria está con nosotros hasta cierto punto,» dijo lord Palmerston en la Cámara de los comunes; y añadió después de una pausa: «Está con nosotros... moralmente.» Y las risas del auditorio acentuaron estas palabras. La correspondencia del jefe del gabinete británico revelaba aún mejor los verdaderos sentimientos que reinaban en Inglaterra. «Victoriosos en Crimea, escribía en 28 de mayo á Napoleón, seremos dueños de la amistad y tal vez de la espada de Austria. Si no vencemos, ni siquiera podremos contar con su pluma (1).» En Francia el lenguaje fué más reservado: sin embargo, el emperador, abriendo en 2 de julio la legislatura extraordinaria de la Cámara, quiso manifestar públicamente su sentimiento, y lo hizo con cierta amargura. «Aún esperamos, dijo, que Austria cumpla sus compromisos, que consistían en hacer ofensivo y defensivo nuestro tratado de alianza si las negociaciones no obtenían resultado.»

El gobierno vienés dejaba pasar, sin parecer oírlos, aquel concierto de quejas y epigramas. Sentíase humillado y aliviado al mismo tiempo: humillado de que tantas palabras y proyectos hubiesen resultado vanos; aliviado como toda persona indecisa que después de largas perplejidades ha tomado una resolución, aunque ésta sea discutible ó mediocre. Como había hecho Prusia un año antes, afectaba no atender más que al interés nacional austriaco y no mirar nada allende las fronteras. «El interés de Austria está en la libertad de sus movimientos y no en compromisos,» había escrito Metternich, que hasta desaprobaba el tratado del 2 de diciembre (2). Muchos repetían estas palabras. Los compromisos contraídos ¿no hubieran engendrado más peligros que asegurado ventajas? ¿Había interés en firmar una alianza estrecha con Napoleón III, ese soberano de frágil trono, ligado al parecer con Italia, expuesto cualquier día á los golpes de los asesinos? Así procuraban velar el fracaso. Así procuraban justificarse. Mientras tanto, el emperador Francisco José se aplicaba á

(1) *Life of viscount Palmerston*, by Evelyn Ashley, tomo II, página 316.

(2) M. de Metternich, *Mémoires*, tomo VIII, pág. 385.

revocar las órdenes relativas á las medidas que la probabilidad de una entrada en campaña había hecho necesarias. Mandó las reservas á sus casas, disminuyó sus fuerzas, dislocó los cuerpos de ejército escalonados en las fronteras, suspendió los preparativos ruinosos de una guerra ya inverosímil; y este soberano, muy paternal como todos los de su raza, se consolaba de la disminución de su prestigio aligerando las cargas de sus pueblos.

La caída ó la resistencia de Sebastopol absorbía entonces todos los pensamientos. De otro modo, esta evolución de nuestra política que sucesivamente se había acercado y alejado de Austria no hubiera pasado inadvertida. Era el deseo de asegurar al joven imperio francés un aliado íntimo en el centro de Europa; deseo que guiaba á Drouyn de l'Huys, impulsándolo á aceptar un arreglo, desigual á los sacrificios de la guerra, pero tranquilizador para el porvenir. Largo tiempo ministro de Napoleón, Drouyn de l'Huys, consejero prudente y perspicaz, aunque algo débil, había podido sentir los pensamientos del monarca, adivinar las peligrosas aberraciones de su espíritu y descubrir la trama alarmante de sus futuros designios. Establecer una estrecha alianza con la más antigua de las casas reales de Europa, entenderse con ella, así para la paz como para la guerra, era halagar el amor propio de Napoleón, era unirlo á la política de conservación territorial, era favorecer sus aspiraciones, era alejarlo de la Prusia ambiciosa, y era, sobre todo, apartarlo de la Italia revolucionaria. ¿Qué significaban, comparados con este golpe maestro, algunos buques más ó menos en el mar Negro? Aunque entonces llamaron poco la atención, los proyectos de Drouyn de l'Huys encontraron un intérprete, y, ¡cosa extraña en aquella época!, lo encontraron en el Parlamento. Abierto el Cuerpo legislativo en 2 de julio, Montalembert tomó la palabra y, con pocas esperanzas de que nadie le contestase, trató de señalar la verdadera orientación de la política francesa. Al igual de Drouyn de l'Huys, Montalembert veía en la alianza de Francia con Inglaterra, y sobre todo con Austria, la mejor garantía del orden en Europa. Hablando del tratado del 2 de diciembre que consagraba este acuerdo, dijo que «era la obra maestra de la política actual.» En términos un poco vagos, el orador recordó la última combinación, la que el gabinete de Viena había de presentar al de San Petersburgo en forma de *ultimatum*. «Siento, añadió, que ese arreglo no haya sido aceptado ni en París ni en Londres; porque no hay ninguna interpretación de los cuatro puntos comparable al concurso decidido del Austria.» Montalembert transportó, pues, al recinto del Cuerpo legislativo la doctrina de Drouyn de l'Huys. Y fué más allá: aunque se esforzó en dominar su natural ardor, no logró contener la breve, pero clara expresión de sus proféticas inquietudes. «Con la alianza del Austria, dijo en substancia, el emperador es árbitro de los destinos de Europa: debilitada ó rota la alianza austriaca, tengo mis aprensiones. No dudo que tomen á Sebastopol, pero ¿qué harán después?. La guerra que Francia y Europa han aplaudido es una guerra de Oriente y no una guerra de Occidente; una guerra de equilibrio y no una guerra de conquista; una guerra política y no una guerra revolucionaria... El peligro que yo señalo es quizá eventual, hasta quimérico; pero el gobierno emprenderá una ruta

peligrosa si se convirtiese en aliado ó instrumento de la Revolución.»

Nadie replicó; y la voz del orador, apenas escuchada en el recinto del Palacio Borbón, no repercutió fuera. No era que faltase patriotismo ni perspicacia al Cuerpo legislativo. Si un respeto excesivo no hubiese encadenado las lenguas, varios diputados hubieran podido decir ya dónde estaba el espíritu de ambición revolucionaria y quién lo personificaba entonces. El pequeño Piamonte había desplegado tanto celo en realizar su alianza, como formalismo había aportado en regatear la suya la poderosa Austria. Mientras los diplomáticos reunidos en Viena contaban gravemente los navios, las fragatas y los buques menores; mientras se entretenían en contrapesar las fuerzas respectivas de las potencias en el mar Negro, el gobierno sardo se apresuraba á pedir á cada una de sus brigadas sus mejores elementos, y gracias á esta oportuna selección, creaba una fuerza de quince mil hombres vigorosos, disciplinados, aguerridos, capaces de presentarse sin gran desventaja al lado de los grandes ejércitos de Francia é Inglaterra. Estos batallones de guerra, así formados, fueron enviados á Génova, donde les esperaban varios buques británicos para transportarlos á Oriente. Antes de su salida, el general La Marmora, jefe del cuerpo expedicionario, repitió en vano á Cavour sus instrucciones: al ir á em-

barcarse insistió de nuevo; Cavour le abrazó entonces y, entre jovial y conmovido, le dijo estas simples palabras: «Arreglaos como podáis, y que Dios os guarde.» Mal podía dar instrucciones. Hay en la vida de casi todos los ambiciosos una hora en que la misma habilidad aconseja atreverse á todo y arrojarse en brazos de la fortuna. Cavour se encontraba en uno de esos momentos. ¿Cuál iba á ser para el Piamonte el fruto del sacrificio? Nadie lo sabía en Europa, y el primer ministro sardo lo ignoraba como todo el mundo. Por de pronto, la recompensa más clara eran los calurosos elogios de la prensa inglesa. En el porvenir, el premio sería nulo ó magnífico, según las circunstancias: nulo, si las deliberaciones de la paz se limitaban al objeto mismo de la guerra; magnífico, si estas deliberaciones se generalizaban al extremo de extenderse á todo. Todo el arte de Cavour consistiría en adelante en preparar el marco de los debates futuros y en ensancharlo bastante para hacer que Italia fuese comprendida en él. Todo esto lo referiremos más adelante y con los detalles que reclama esa gran evolución. Pero desde ahora puede decirse que allí estaba el aliado revolucionario que temía Drouyn de l'Huys y señalaba Montalembert. Entraba en fila en el momento mismo en que se disolvía la alianza austriaca. La política imperial, hasta ahora irrepachable, sufrió entonces su primer desvío.